

Estos chicos representan la esencia de la Argentina

Por Brian Winter. Editor jefe de la revista Americas Quarterly.

Yo era prácticamente un niño, tenía 22 años cuando me mudé a la Argentina con la loca idea de consagrarme como periodista. De manera sorprendente, el Buenos Aires Herald no tenía apuro en contratar a un tejano sin experiencia y la economía del país empezaba a verse en problemas. Yo conocía sólo a dos argentinos -ambos encantadores pero mayores que yo, con hijos y una vida desarrollada-. Así que pasé esos días sofocantes paseando por las calles y viajando en el colectivo 60 (cruzaba toda la ciudad, desde Constitución hasta Tigre, por menos de un dólar y disfrutaba de una brisa agradable) mientras devoraba empanadas, ñoquis y sándwiches de jamón y queso por un presupuesto de 70 pesos -que en ese momento eran 70 dólares- por semana.

Los fines de semana eran de lo más desolador. Leía a Borges, Arlt y Mafalda. Me daba panzadas con el canal del tiempo y hasta memorizaba las letras de una canción de Rodrigo. Finalmente, después de ver la asunción del presidente uruguayo Julio María Sanguinetti por TV de principio a fin decidí que tenía que construir una vida allí o decididamente volver a casa.

Finalmente, dos cosas me salvaron. La primera, que es un cliché absoluto, fueron las clases de tango, que se convirtieron en un buen hobby y años más tarde en un libro. La segunda, y mucho más importante, fue una docena de argentinos de Temperley, un pequeño suburbio ferroviario de Buenos Aires, a quienes conocí por un amigo en común. Ellos se conocían entre sí desde la escuela secundaria; pasaban fines de semana jugando al tenis, haciendo asados, yendo a boliches con música de los 80 hasta las cinco de la mañana. Se llamaban con apodos como "Cartera", "Lobo" o "Boti". Yo también caí, y por razones que todavía sigo sin entender, me apodaron "Caruso" a raíz de un niño actor de la época, era el único Brian que conocían.

These guys represent the real essence of Argentina

Brian Winter. Chief editor of Americas Quarterly magazine.

I was practically a kid, 22 years old, when I moved to Argentina in 2000 with the crazy idea of becoming a journalist. Surprisingly, the Buenos Aires Herald was in no hurry to hire a Texan with no experience and the country's economy was beginning to show some problems. I only knew two Argentines, both lovely but older than me, having kids and lives at their own. So I spent those sweltering days walking the streets and travelling by „the 60 bus“ (which would cross the entire city from Constitución to Tigre for less than a dollar and enjoying a nice breeze) while devouring „empanadas“, ñoquis and ham and cheese sandwiches on a budget of 70 pesos (at that time equal to 70 dollars) per week.

Weekends were the most devastating. I used to read Borges, Arlt and Mafalda. I spent hours watching the weather channel and I even memorized the lyrics of a song from the singer Rodrigo. Finally, after watching the whole inauguration ceremony of Uruguayan president: Julio María Sanguinetti, on TV, I decided that I had to get a life there or definitely go back home.

Finally, two things saved me. The first one, though a total cliché, was tango classes that became a good hobby for me and, years later, would become part of a book. The second one, far more important, was a group of a dozen of Argentine guys from the city of Temperley, a small railway suburb of Buenos Aires, whom I met through a common friend. They had known each other from highschool; they spent weekends playing tennis, roasting „asados“, going to 80s-themed clubs until 5 am. They had nicknames such as „Cartera“ (wallet), „Lobo“ (wolf) or „Boti“. I also had one and for reasons that I still don't understand they nicknamed me „Caruso“ after a young actor of those days. He was the only Brian they knew.

Sandra I. Grego Ströher